

Marcella: de la sensorialidad explosiva a la capacidad de pensar ()**

Antonino Ferro (*)

En este trabajo deseo remarcar cómo hay pacientes con los cuales un largo trabajo de análisis (antes de que se pueda trabajar con la represión y con la reconstrucción de la historia infantil utilizando interpretaciones clásicas) consiste en permitir un desarrollo de la capacidad misma de pensar, de un “lugar” en el cual “tener” las emociones y hasta de un lugar en el cual tener las interpretaciones del analista.

Toda una larga parte del análisis de Marcella ha consistido en este trabajo, que definiría como por encima de los contenidos y basado, precisamente, sobre el desarrollo de su posibilidad de transformar turbulencias protoemocionales y torbellinos de sensorialidad en emociones y pensamientos y en su capacidad de “gestionarlos” una vez que estaban formados.

A falta de esta capacidad y de estos lugares (en slang bioniano, a falta de función alfa y de “contenedor”), la actividad psíquica de Marcella consistía en una continua evacuación o, como única alternativa, en un adormecimiento, o mejor, en un aletargamiento de estados protoemotivos. Esto comportaba una suerte de aplastamiento emocional y existencial que impedía que tomaran cuerpo estados protoemocionales intensos que Marcella no sabía cómo transformar en emociones vivibles ni en pensamientos pensables, sino que eran para ella sólo fuentes de peligro por incontenibles.

Me fue necesario no poco tiempo para llegar a organizar un pensamiento propio sobre el trabajo hecho y por hacer con Marcella, y creo deber mucho a la “paciencia” que he logrado tener cuando la situación con un paciente resulta oscura, aparentemente inmodificable y sin caminos visibles de salida.

Una constante de mucho trabajo con Marcella ha sido la fuerte implicación de mi funcionamiento mental en la sesión; por largo tiempo he debido suplir la incapacidad de Marcella de vivir emociones y pensamientos hasta poder progresivamente “pasarle el método” para llevar a cabo tales operaciones.

Naturalmente, en cuanto diré está implícito un modelo de la mente que deriva de las conceptualizaciones de Bion (1962; 1963; 1965), que creo no están muy acreditadas en el psicoanálisis estadounidense, pero tal vez justamente por esto podría ser interesante proponer compartirlas y reflexionar sobre sus implicaciones en el trabajo cotidiano.

Para Bion es central el trabajo que la mente de la madre (o del analista) hace sobre la angustia (elementos beta), que viene proyectada desde el niño (o el paciente) y que puede - si encuentra una mente receptiva (capacidad de rêverie)- ser transformada por ella (a través de la función alfa, uno de cuyos factores es la capacidad de rêverie) en ladrillitos para pensar (elementos alfa). Estos últimos, que constituyen el “pensamiento onírico de la vigilia”, testimonian el logro del proceso de formación del pensamiento (en otro lenguaje se podría decir del proceso de simbolización). La repetición de proyecciones de elementos beta, su recepción y su restitución después de haber sido “transformados” en imágenes (en otro lenguaje, proceso de figurabilidad y representabilidad), echa las bases del desarrollo de aquello que Bion llama **conteniente** y que es una suerte de “cesto” que sirve para dar lugar a las emociones y a los pensamientos a fin de que puedan desarrollarse y entretajerse.

En el fondo, la concepción de la mente de Bion es similar a la de un aparato digestivo que debe desarrollarse para poder “digerir” los aportes sensoriales; aquello que es “digerido” formará los elementos de base del pensamiento. Por identificación proyectiva, además, Bion entiende un proceso siempre en acto para comunicar que tiene también la función de proyectar sensorialidad, que deviene -transformada- en elementos “útiles” para pensar. Una profundización de tales puntos de vista se encuentra en un reciente artículo mío (Ferro, 2002).

Podemos ver todo el proceso con Marcella como un laborioso trabajo para construir tal “aparato digestivo” antes de que pudiera obrar sobre los “contenidos” de tal aparato.

Intentaré describir las fases significativas de dicho trabajo al cual, de todos modos, a menudo le he dado sentido après coup y siempre después de una gran labor contratransferencial.

I. Turbulencia emocional: de la identificación proyectiva a la narración. O “el piso de abajo” de Marcella

Por largo tiempo, la característica principal del encuentro con Marcella, empleada en una oficina regional, fue el aburrimiento, o mejor dicho, la atmósfera de aburrimiento que, a poco, invadía la habitación y mi mente.

Era una muchacha ni linda ni fea, que no tenía ningún interés, sin nada que la atrajese y la implicase, venida al análisis por un malestar indefinido e indefinible.

Mi sensación frente a ella fue rápidamente de pesadez, de aburrimiento, de incapacidad para hacer interpretaciones transferenciales, casi de “no querer tocarla” y, simultáneamente, después de un tiempo de escucharla, sentir cómo se me “desconectaban” los pensamientos casi hasta perderme y no lograr seguir ni siquiera el plano manifiesto del relato.

Así fue todo hasta que aparece un sueño:

Marcella abría los cajones de una mesita de luz que tenía junto a la cama y había dentro una infinidad de “espoletas” (tubos para enroscar los hilos de coser) de todos colores, todas mezcladas unas con otras. Cerraba los cajoncitos llena de miedo pensando qué difícil sería y cuánta paciencia haría falta para desenredar semejante maraña de hilos.

Asoció cómo, de pequeña, iba a jugar con la abuela modista, pero inmediatamente apareció en mi mente otra acepción de la palabra “espoleta” (distinta de la manifiesta para la paciente), aquélla de “mecanismo que inicia la explosión en los proyectiles de artillería”, y con ella el recuerdo de un niño que tuve en análisis que recubría, hasta esconderlos con una espesa capa de plastilina, los animales feroces a los cuales tenía terror. Entendí, además, por qué durante largo tiempo no había podido “tocarla” sobre un plano emotivo con mis interpretaciones: precisamente por el terror a que “explotase”.

Recuerdo cómo, desde aquel momento, fue posible “transferirnos” con la paciente al taller de la abuela y descubrir su miedo y su terror a las emociones enredadas y explosivas, que tenía bien encerradas en los cajones con el aburrimiento. De las “espoletas” comenzaron a devanarse algunas “historias”.

Historias que yo no sentí de modo alguno interpretables en su significado actual o transferencial porque entendía que no tenía sentido alguno hacerlo, en tanto estábamos inmersos en el reino de lo concreto. Trataba, entonces, de tener un gran respeto por el plano manifiesto de la narración compartiendo cuanto decía Marcella y buscando hacer intervenciones interpretativas altamente insaturadas.

Sintiendo que, ante todo, debía recuperar aquella capacidad de pensar que en presencia de Marcella se disolvía por completo hasta hacerme sentir confundido, desorientado, incapaz de efectuar alguna ligazón significativa.

Recuerdo cómo empezó a adquirir sentido la reestructuración “del departamento

de abajo” (por largo tiempo, el departamento ubicado en el piso de abajo de mi estudio estuvo en refacción), a la que comenzó a espiar a medida que transcurría. Y ello ocurrió en correspondencia con el darme cuenta de la existencia de dos niveles de la comunicación: uno superficial, terriblemente falto de espesor, el otro vehiculizado por identificaciones proyectivas que tenían la facultad, en la sesión, de desactivar la capacidad de escucha del texto manifiesto, como decía antes, de desconectarme los pensamientos y de ponerme en contacto con la existencia de protoemociones de un primitivismo absoluto que eran evacuadas o enredadas por el aburrimiento.

Emergían, decía, tales relatos del “piso de abajo”. La “pastina sobre las paredes”, referida, en el plano manifiesto, al nombre que se da en la jerga de la construcción a un tipo de pintura áspera que veía usar a los “albañiles en el piso de abajo”, será posible relatarla y reencontrarla (después de una intervención mía: “la pastina sobre las paredes me hace venir a la mente un niño muy enojado”) en el recuerdo de las explosiones de rabia que tenía de pequeña si la temperatura de la “pastina” {fideos, particularmente los de la sopa} no era la deseada, durante las cuales arrojaba el plato contra la pared, arruinándose el contenido.

Recuerdo mi esfuerzo para aceptar la datación del problema en la infancia renunciando a una explicitación relacional fácil: referida a la furia que la paciente sentía cada vez que la interpretación era demasiado caliente o demasiado fría o relativa a cómo arruinaba (volcaba) los contenidos de la interpretación misma.

Y así también la “turca” que hay en la habitación, a la que podemos entender como “la cama con cabecera”, que remite al diván del analista pero no todavía a aquellos aspectos de sí misma de los cuales ignora la lengua y que le eran extranjeros.

Pero estos sentidos no se pierden en una óptica de campo (Baranger, 1992; Ferro, 1992), están presentes de todos modos en la habitación de análisis si están presentes en la mente del analista, atentos a desarrollar posibles tramas compartidas o a cualquier posibilidad de abrir nuevos espacios a la “pensabilidad”.

II. El nacimiento de una emoción

Después de un período ulterior de análisis, la fantasía que toma cuerpo en mí es la de estar en presencia de uno de esos calamares que cuando se sienten en peligro emiten chorros de tinta.

Cualquier tentativa de mayor acercamiento o de interpretación, aunque fuese cauta, no hace sino aumentar tales “chorros de tinta”. Siento que debo afianzarme en la paciencia.

Mi cautela es premiada y, progresivamente, aparecen sobre el “lugar de trabajo” también “relaciones afectivas” al lado de aquellas que define “de oficina”.

En una sesión en la cual logro contribuir, particularmente bien, a la creación de un clima bueno y poco persecutorio, empiezan a aparecer los “recuerdos infantiles”, entre los cuales uno -que no sabe si recuerda o se lo ha contado la madre-: estar sentada en el andador en un largo corredor, al cual se abrían tres cuartos de la casa (inútil decir que Marcella hacía en aquel período tres sesiones a la semana), y de haber tomado progresivamente velocidad hasta chocar violentamente contra el lavatorio del baño que se encontraba al fondo del corredor.

La sesión termina así, mientras me siento contento del emerger de este nivel más profundo y personal.

Luego, mientras estoy en los diez minutos que, en mi setting habitual, separan a un paciente de otro, advierto que me ha venido, de improviso, un dolor de cabeza muy violento. Me pregunto la razón, dado que para mí es un hecho insólito. Estoy preocupado por la hora siguiente: ¿cómo podré trabajar con la nueva paciente? Y siento que hay alguna cosa que concierne a Marcella: a este punto comprendo mi dolor de cabeza, la preocupación por la hora siguiente y la nueva paciente.

Se ha producido un cambio que no tiene que ver con una identificación masiva mía con la paciente, sino con la germinación, en un lugar del campo, de una emoción fuerte, mejor dicho de un dolor mental, de un sufrimiento psíquico que sanciona el origen de un salto en el crecimiento mental de Marcella. De ello sólo se ve en el campo el precursor, pero una vez que algo prende vida en el campo no ha de pasar mucho tiempo para que pueda ser, establemente, un asunto también del paciente.

Al comienzo hablaba de una contribución mía al buen clima, ¿qué quiero decir?

¿Una falsa aquiescencia del analista? ¿Un hacer de cuenta que no pasa nada? Absolutamente no, ni siquiera es aquel dosificar “temperatura y distancia de la interpretación” (Meltzer, 1976): considero que es sólo y fundamentalmente respetar el umbral del paciente para las interpretaciones postulando que la persecución en la sesión es,

en máxima medida, una señalización de un riesgo excesivo. En la sesión que he relatado, el “dolor” aparece como respuesta a la “detención” del fin de semana y a la detención de haberle comunicado la fecha de las vacaciones de verano.

Creo que es significativo que la primera emoción fuerte “de” Marcella haya sido vivida por mí y que haya sido yo quien tuvo que recibirla y organizarla en el pensamiento.

Algunas sesiones después, Marcella –que llega tarde alrededor de quince minutos, hecho por completo inusual para ella, a pesar de que viene de otra ciudad- me cuenta que el retraso se ha debido al hecho de que el guardia del tren, percatándose de que un tóxicodependiente había subido al vagón y se había encerrado en el baño, había hecho de todo para hacerlo bajar y lo había logrado pero, como el joven había vuelto a subir al tren, el guardia había hecho cerrar todas las puertas para poder hacerlo volver a descender y toda la operación había durado precisamente, quince minutos.

No me hubiera resultado difícil una interpretación de escuela, pero siento que nacería sólo de mí, que sería en menos K, para decirlo con Bion, y que no encontraría lugar en la paciente, no produciría insight, tal vez sólo persecución y pérdida de contacto (“hay una parte suya que ha controlado bien que no llegara a la sesión... esa necesidad extrema del análisis...”).

Me limito a hacer comentarios sobre el “hecho”, pregunto cómo lo ha vivido y esto enciende un relato sobre “recuerdos de infancia”, sobre el trabajo del padre, justamente ferro-viario, con el sentido de un léxico familiar: los ferroviarios deben pagar por el retraso si son responsables... hay serias dificultades si alguien se arroja delante del tren para intentar suicidarse; pasa después al relato de los riesgos profesionales de otras categorías de trabajadores, como un amigo suyo psicoterapeuta, que ha sido acuchillado por un paciente... el relato avanza hasta que le pregunto: “Pero, ¿habrá algún nexo entre estos relatos tan dramáticos...los suicidios... las tentativas de homicidio... el tóxicodependiente y el haberle dicho yo la fecha de las vacaciones la vez pasada?”

Marcella ríe aliviada, diciéndome (y sorprendiéndome): “Si aquí no hay más sólo relaciones de oficina, y si hay relaciones afectivas... entonces hay emociones también violentas y éstas no son siempre controlables...”

“Entonces hubiera sido válido -le digo que el guardia no produjese aquel retraso

en el intento de detener ese conjunto de desesperación y rabia que ha llamado tóxicodependiente.”

III. El sueño del pimiento y la batata: ¿qué nombre dar a las emociones?

Marcella ahora me habla menos de cuanto ocurre en la oficina, o al menos las referencias a la oficina no están tan connotadas de rechazo a los afectos como anteriormente.

Un día me cuenta que “una colega” ha dicho que está curada del “complejo de afabilidad” porque Marcella ha comenzado a lamentarse o enojarse por cosas que no le gustan.

Siente que desea relaciones más inmediatas y simples y tiene un sueño: deseaba ir al encuentro de sus amigos con cosas que les demostrasen su alegría por encontrarlos y hospedarlos, toma un pimiento y una papa y corre en un arrebató hacia ellos.

Entonces dos animales que no conocía le saltan encima y le cortan en fetas la papa y el pimiento, que se transforma en un farolito chino.

Pregunto qué cosa pueden ser esos animales, que parecen arruinarle el deseo y la posibilidad de un encuentro festivo e inmediato con los amigos (renunciando naturalmente a cualquier interpretación transferencial, que sería todavía un factor de persecución y de oclusión de la comunicación).

“Son lo que resta todavía de las dificultades y del miedo que tenía de relacionarme con los otros”, dice. Y agrego: “Transforman cosas simples, emociones a las cuales es necesario poner nombre, en cosas extrañas y enigmáticas.”

IV. El temor “foli”-cular {folli-colare remite a folla, que significa “locura” en italiano}: el terror de las pasiones

A esta altura, e inesperadamente para mí, se vuelve a presentar un largo período de nuevo “letargo” con un retorno del aburrimiento, que parece congelarlo todo.

Alcanzo a comprender cómo se produce este manto³ que me adormece: Marcella usa un tono absolutamente uniforme en la narración y un proceder por medio de coordinadores: “e... e... e...”, sin que haya frases principales y subordinadas que ayuden a diferenciar y distinguir las comunicaciones importantes de las accesorias. Enmascara cualquier posible diferencia con coordinadores que se añaden a coordinadores que tienen valor sintáctico

aparentemente igual, tanto sea en el transcurso de cada sesión como en la articulación de varias sesiones entre sí. En este mar me pierdo, casi me adormezco, acunado por estas olas todas iguales.

Cada tentativa mía de interpretar o, al menos, describir cuanto ocurre después de que habíamos hablado de “emociones”, resulta completamente vana hasta que hace irrupción un evento terrible: el médico le ha visto el cuello hinchado, ha pedido pruebas de comprobación y de éstas, en poquísimos días, ha resultado la presencia de un tumor con células cancerosas.

Es la irrupción de una tempestad que trastorna aquel mar chato.

Comienza un largo calvario de pruebas y la decisión de una intervención urgente.

No puedo dejar de seguir todas estas comunicaciones, por su dramaticidad y urgencia, también en su significado de realidad externa, pero siento cada vez más la exigencia de encontrar un significado en lo que respecta al interior del análisis.

La paciente habla de la necesidad, que tal vez exista, de cortar un lóbulo de la tiroides.

Agrega que de todo esto no puede hablar con la mamá porque ésta, ella teme, no sabría cómo afrontar la cosa. Dice que aún no se sabe si se trata de un tumor papilar o folicular.

A este punto, me siento obligado a hacer -a mi vez- una intervención que casi siento urgente y digo a la paciente que desde hace algún tiempo me venía preguntando si tendrá algo en la garganta que no logra salir y que sea alguna cosa muy maligna, tal vez folle {loco}, y que tema decírmelo por miedo a que yo no sepa cómo hacer frente a esa cosa.

Marcella parece retener el aliento hasta que con voz aterrorizada me dice que hay, en efecto, una cosa de la cual no ha osado nunca hablarme en todos estos años y que es, en realidad, el verdadero motivo por el cual pidió análisis y de la cual siempre ha pensado que nunca podría hablarme, nunca, nunca. Está aterrorizada por la idea de estar loca, pero por otro lado aquello que ve es incontrovertible: su casa está habitada por fantasmas.

Cuando sale de la casa, hay un fantasmita de una nena que permanece en la ventana y también está allí esperándola cuando regresa, la ve llegar y torna hacia adentro.

A veces le hace bromas, es graciosa y buena, y le hace mucha compañía.

Están presentes también otros fantasmas, menos individualizados, a menudo juguetones a veces le hacen encontrar qué comer, a veces ordenan la casa, a veces le esconden alguna cosa para jugar a encontrarla, a veces le dan algún disgusto.

Confieso que, a mi vez, inmediatamente después de este relato permanezco petrificado.

Digo solamente que me parece que su profunda soledad se ve aliviada por estas presencias y que estas “presencias” encontrarán, seguramente, un sentido en su análisis.

Me cuenta, en este momento, de su miedo a ser una bruja y tener poderes paranormales como predecir el futuro, poderes benéficos y maléficos.

Imprevistamente me pregunta si son alucinaciones.

Le digo que más me parecen sueños con los ojos abiertos, a los cuales no les debemos negar el derecho a manifestarse.

Así, me vuelvo a encontrar sesión tras sesión descubriendo este mundo de fantasmas y moviéndome con temor en este espacio que, por momentos, pienso francamente delirante y en otros me parece en cambio un espacio de juego en el cual se vuelve posible comenzar a encontrar un sentido compartible: por ejemplo, si no seré también yo como un fantasmita que ha comenzado a existir en su vida, a ser significativo, a ser una presencia que acomoda la casa, que hace de comer, que la espera.

Arribo a esto, empero, después de sesiones y sesiones en las cuales “jugamos” (yo con escalofríos) con estos fantasmas.

Deseo aclarar que tengo una larga experiencia con pacientes tanto con alucinaciones (Ferro, 1993) como con flashes visuales (Ferro, 1996.b).

Pero siempre estos otros pacientes mostraban miedo, desorientación, angustia, estupor, extravío, curiosidad respecto de “las cosas que veían”.

Nunca había tenido un paciente que con normalidad hablase de “fantasmas” que veía y con los cuales mantenía relaciones, aunque manifestando dudas sobre su propia salud mental.

Fui salvado -también desde el punto de vista técnico- por el recuerdo de la obra de un autor de teatro napolitano -Eduardo de Filippo- que en una obra, Estos fantasmas, muestra cómo interactúa el protagonista con la presencia, en la casa que habita, de fantasmas en los que cree con naturalidad y con los que mantiene relaciones significativas.

A este punto, sigue la intervención en el instituto de tumores. El diagnóstico histológico confirma que no se trata de un tumor folicular sino papilar. La paciente, aliviada, agrega que mientras el primero es muy grave y es un nódulo “frío”, el segundo es un nódulo “caliente”.

Habíamos accedido así al tema de las pasiones, y como la paciente explica: “La burocracia ha sido un modo de saltar sobre las brasas de las pasiones”, también los fantasmas remiten ahora a algo de pasión y calor y también parecen incididos por algo frío y paranoide.

No escondo el haber experimentado temor por una activación peligrosa de una pasionalidad de fuego, mientras aún el discurso de los fantasmas está en pleno entramado.

V. Los fantasmas

Tengo dificultad en trabajar con fantasmas, me encuentro sobre el filo de la navaja entre no poder confirmar ciertamente su existencia “strictu sensu” a la paciente y, al mismo tiempo, con la dificultad de interpretarlos exclusivamente como objetos o funcionamientos escindidos, por lo que finalmente decido -recurriendo a mi experiencia como analista de niños- “jugar” con estas presencias sin definir las (Ferro, 1996.c). Pero dándoles un lugar, un puesto que pudieran habitar esperando que, tal vez, recogiendo las emociones con las cuales estaban tejidos, pudiesen algún día soltarse y presentarse sin necesitar más de esta modalidad de concretización en el exterior.

Después de un cierto período en el cual permanecemos en esta suerte de área transicional en la que se movían e interactuaban estos “personajes”, y luego de advertir que ha sido posible acceder a las emociones de las cuales eran externalizaciones (ya fuesen flashes oníricos o transformaciones en alucinosis), al inicio de una sesión Marcella me cuenta que a través de complejas vueltas le ha llegado a su casa un “cuadro del abuelo”, abuelo al cual estaba particularmente ligada: “Hay un árbol, un paisaje... una nena y duendes {tolleti, en italiano}.”

Cuando termina de contar lo del cuadro del abuelo le pregunto: “Y de los fantasmas, ¿qué ha sido?” Del modo más natural responde: “Pero, ¡han vuelto a entrar al cuadro!”

La metabolización de los fantasmas y el retorno al interior del cuadro produce el milagro: desaparece el aburrimiento, desaparece el sueño. Se activan emociones muy vivaces, casi violentas, que tienen como tema “no tener un lugar para sí”, esto remite a la historia infantil en la cual, disponiendo en la casa de varias habitaciones, le estaba asignado

-más que un cuartito- un lugar provisorio y muebles en la sala de estar (así vivió la precariedad de la cama que no era establemente suya), y remite a una madre muy obstruida que tenía lugar para sus propias angustias hipocondríacas pero no para los deseos, las preocupaciones y los proyectos de la hija. Marcella vive, entonces, de un modo muy violento la ocasión en que una sesión fue suspendida: es la prueba tangible de que para ella no hay lugar y eso va acompañado de furia y desesperación.

Este trabajo de despertar pasa también a través de un recuerdo mío, cuando, después de una frase suya: “Me encuentro ante un muro de goma contra el cual puedo golpear pero ninguno me responde”, me vienen a la mente las salas de contención acolchadas de los antiguos servicios de psiquiatría.

Se lo comunico. Está impresionada y conmovida.

Las emociones sólo podían ser adormecidas y contenidas en la sala de los locos furiosos.

La “burocracia” ha sido por largo tiempo esta cámara de contención que aplastaba todo, que absorbía cualquier cosa que se temiera demasiado violenta.

En un sueño aparecen los zulúes, que le dan miedo. Pero ya que las emociones primitivas no son más adormecidas y no está más el muro de goma, pueden salir, aunque asusten.

Después de la suspensión de una sesión sueña que se le habían roto las llaves para entrar a su casa y experimenta una angustia que nunca había sentido, una “angustia negra”.

“Negra como los zulúes”, le digo.

VI. El chocolate

Pasaron ya varios meses de trabajo dedicado a “contener” y transformar “los zulúes”.

Las defensas autistas que aplanaban todo están menos presentes (Klein, 1990).

En este momento, Marcella tiene un sueño: entra a una habitación donde alguien quiere echar desodorante para esconder el olor de algo que tiene que ver con la palanca de un retrete, que se encuentra más allá de la pared; después, apenas toca un capote azul, de pronto se forman “escamas” que trata de cepillar, vuelan pero después vuelven a depositarse sobre el capote, parecen de maíz, de chocolate.

Estoy más que nada desconcertado por el sueño y pregunto a la paciente “qué le hace pensar este sueño”. Responde que las escamas le hacen pensar algo de lo cual quiere liberarse pero que retorna a su lugar, algo que tiene que ver con las relaciones con los otros.

Advierto que estas palabras junto al sueño dan cuerpo a una vivencia mía con la paciente y digo que cuando nos encontramos súbitamente algo “se cierra”, después es posible “cepillar las escamas” y tener un “buen nivel de comunicación”, pero después se hace necesario empezar de nuevo.

“Como si no hubiese un pasaje abierto de una vez para siempre”, dice la paciente.

“Sí -agrego-, pero estas escamas son de maíz, de chocolate.” “Son biodegradables, metabolizables”, entiende Marcella.

Estas escamas, herederas de la coraza de otro tiempo, pueden ahora ser digeridas y “cepilladas, aunque no todavía de una vez y para siempre”, y agrego, “mientras la primera parte del sueño me hace pensar que existe el temor de que sea echado un desodorante para no afrontar el desagrado por alguna cosa”.

“Sí”, dice la paciente, “porque...”, e inicia un discurso que siempre había rondado sobre la propia vivencia de no ser deseada sino sólo “soportada” y no haber visto nunca reconocida su propia femineidad.

Esto, para mí, es la señal de que un espacio interno (?) ya se ha formado dentro de Marcella y de que puedo comenzar a “tocarla” con interpretaciones transferenciales sin más temor a explosiones emocionales o que suenen persecutorias: son, por el contrario, atendidas, deseadas y fuente de ulteriores potencialidades transformativas.

VII. Hacia la aceptación de una relación sexual entre las mentes

Mis modalidades interpretativas han sido ya cambiadas con Marcella, ahora le interpreto cuanto acontece en nuestra relación y cuanto corresponde a su mundo interno y a la historia de un modo siempre más “íntimo”, sin tener ya la preocupación que sentía respecto de la intrusividad o el carácter persecutorio de las interpretaciones transferenciales.

Es en este punto que Marcella tiene el siguiente sueño: estaba sobre un diván con un muchacho que le besaba el cuello, le desabrochaba la camisa, ella lo deseaba y le pedía que le tocara el seno... y él la acariciaba de un modo cada vez más íntimo.

Sueño que, por debajo de su apariencia erotizada, me pareció que establecía la posibilidad, el deseo y la progresiva realización de un contacto cada vez más íntimo y el placer del encuentro como algo que ya ratificaba un nuevo funcionamiento de la paciente conmigo, con las propias emociones y los propios pensamientos (Ferro, 2000).

Así, en otro sueño, hace el amor con David, un querido amigo. Y en otro, una perra lanuda encuentra finalmente un lugar en el que ser acogida.

Hay, aun, otro sueño que parece indicar aquello que todavía desearía del análisis: va a una joyería y pide un anillo y un camafeo con el rostro de un angelito, por sí misma comenta que lo que desearía ahora realizar es tener un marido y un hijo. También, pienso para mí, una relación más estable conmigo, que pueda ser ulteriormente fértil, allí donde cada relación siempre había sido -a partir de aquélla con la madre, gravemente hipocondríaca y depresiva- sólo fuente de desilusión y sufrimiento.

Algunas reflexiones a modo de conclusión

El camino con Marcella aún no está terminado cuando estoy escribiendo estas páginas y creo que aún queda mucho por andar.

Pero deseo subrayar brevemente cómo, a mi modo de ver, en la mente del analista se lleva a cabo todo un trabajo que subyace a la tarea interpretativa (Odgen, 1997), mente que deviene un receptor de las angustias y los estados protoemotivos del paciente (elementos beta) a los que debe absorber y metabolizar a través de su propia capacidad, a menudo no consciente, de elaboración transformativa.

Las interpretaciones se vuelven el modo de dar cuenta de lo que “emerge” y da “testimonio” de este trabajo silencioso y complejo que tiene mucho que ver con las características mentales del analista y con su subjetividad (Resnik, 1993) que, a mi parecer, entran tanto más en juego cuanto más grave es la situación del paciente (Brenman-Pick, 1985).

Sería útil, tal vez a esta altura, una metáfora alimentaria: el paciente porta estados emotivos “crudos”, a veces violentos, y a veces no dispone del aparato para cocinarlos y realizar la actividad de convertirlos en “pensamientos y emociones”. El analista está llamado, con estos pacientes, a poner a su disposición la propia cocina mental: cacerolas, cazuelas, horno, que no sólo serán usados por el paciente sino que, por su uso repetido, permitirán un

agrandamiento -cuando las cosas funcionan bastante bien-, una progresiva introyección de tal aparato de cocinar y de su uso, que pasará a ser patrimonio

mental del paciente.

Esta metáfora permite diferenciar también el trabajo realizado por el analista en

el “ambiente cocina” (cuando elabora en su propia mente) de cuanto el analista lleva a la mesa en el “ambiente restaurante”: aquello que comunica al paciente con las propias interpretaciones.

A causa de esto creo que el estilo interpretativo del analista debe ser dúctil y adecuado a la capacidad receptiva y digestiva del paciente, de modo que las interpretaciones sean factores de crecimiento y no de persecución (Ferro, 1996; Guignard, 1996).

Con Marcella ha sido necesario un largo trabajo silencioso, realizado en mi “ambiente cocina”, antes de que fueran elaborados y transformados los núcleos autísticos privados de la capacidad de vivir las emociones y que implicaban la formación de una coraza defensiva que la protegía de cada exceso de sensorialidad que no sabía cómo metabolizar en pensamiento (Tustin, 1990).

En slang inspirado en Bion, ha sido necesario que la paciente pudiese desarrollar la propia función alfa a través de la introyección de mi función analítica, que ello permitiese una metabolización de las emociones primitivas y violentas (antes que el recurso a la evacuación: los fantasmas) y que después se desarrollase un “continente” a través de repetidas microexperiencias de encontrarnos sobre la misma longitud de onda, o mejor dicho, de repetidas experiencias de compartir emociones (Bion, 1962; 1963; 1965). A partir de este momento, el análisis podrá correr por los carriles de una geografía de la mente ya suficientemente explorada: el trabajo sobre la represión y la reconstrucción de la experiencia infantil. Deseo subrayar de nuevo que antes ha sido necesario, para recurrir a otra metáfora esta vez freudiana, (re)construir el block mágico antes de poder ver cualquier cosa que hubiese sido borrada en él.

He elegido un relato por completo interno al transcurso del trabajo analítico siguiendo el desarrollo del eje transferencia-contratransferencia para dar coherencia a la narración y para no tomar demasiado espacio.

Inevitablemente, han quedado fuera historias y personajes que desde otros vértices hubieran podido ser contados y que permitirían una visión más completa del trabajo llevado a cabo con la paciente.

Bibliografía

Baranger, M. (1992). "La mente del analista: de la escucha a la interpretación", en Revista de Psicoanálisis, XLIX (2).

Bion, W. (1962) Learning from Experience. Heinemann, Londres.

_(1963) Elements of Psychoanalysis. Heinemann, Londres.

_(1965) Transformations. Heinemann, Londres.

Brenman-Pick, I. (1985). "Working-through in the Counter-transference".

International Journal of Psychoanalysis, 66.

Ferro, A. (1992). The Bipersonal Field: Experience in Child Analysis.

Routledge, Londres, 1999.

_(1993) "From Hallucination to Dream: from Evacuation to the Tolerability of Pain in the Analysis of a Preadolescent", en The Psychoanalytic Review, 80.

_(1996.a) In the Analyst's Consulting Room. Routledge, London 2002.

_(1996.b) "Carla's Panic Attacks: Insight and Transformation: What Comes out of the Cracks: Monster or Nascent Thoughts", en International Journal of Psychoanalysis, 77.

_(1996.c) "Los personajes del cuarto de análisis: qué realidad?", en Revista de Psicoanálisis de Madrid, 23.

_(2000) "Sexuality as a Narrative Genre or Dialect in the Consulting

Room: A Radical Vertex". In W. R. Bion between Past and Future, P. Bion Talamo, F. Borgogno, S. Merciai (eds.), Karnac, Londres.

Guignard, F. (1996) Au vif de l'infantil. Delachaux et Niestlé, Lausana-París.

Klein, H. S. (1980) "Autistic Phenomene in Neurotic Patients", en International Journal of Psychoanalysis, 61.

Tustin, F. (1990) The Protective Shell in Children and Adults. Karnac, Londres.

(*)

Antonino Ferro: es analista didacta en la Asociación Psicoanalítica Italiana, la American Psychoanalytic Association y la International Psychoanalytical Association.

Ha sido profesor de psicoanálisis invitado en diversas instituciones de Europa, Norte América, Sud América y Australia.

Fue presidente del Centro Milanés de Psicoanálisis.

Es editor para Europa del International Journal of Psychoanalysis.

Trabaja con niños y adolescentes y se especializa en el tratamiento de pacientes graves.

Es autor de varios libros sobre psicoanálisis, entre los que podemos citar: La sesión analítica, emociones, relatos, transformaciones (1996); El Psicoanálisis como literatura y terapia (1999); Factores de enfermedad, factores de curación. Génesis del sufrimiento y cura psicoanalítica (2002), Evitar las emociones, vivir las emociones (2007), entre otros.

(**) Agradecemos a la revista de Psicoanálisis Docta, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba, la cesión de este trabajo de Antonino Ferro, que fue publicado en el número de Otoño de 2005 (año 3, Nro. 2).